



Meditación

Rev. Michael DeVries, ministro emérito en las Iglesias Protestantes Reformadas y miembro de Southwest PRC en Wyoming, Michigan

Soldados exhortados a orar

Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos.

Efesios 6:18

¿Estás equipado para la batalla? ¡La vida cristiana implica una guerra encarnizada! Ese es el contexto aquí en Efesios 6:10-17. Este pasaje es un llamado a la batalla: "...fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza" (v. 10). Hoy en día hay muchos que tienen la noción de que la batalla de la iglesia y del pueblo de Dios es contra la injusticia social, la pobreza, la falta de vivienda, las violaciones de los derechos humanos y cosas parecidas. ¡No nos engañemos! Si éstos fueran el enemigo, no tendríamos nada que temer. Pero la Palabra de Dios nos dice que esta batalla es espiritual. ¡Debemos enfrentarnos a las artimañas del diablo! Nos enfrentamos a todos los poderes de las tinieblas, con el diablo como su comandante jefe.

Se nos ordena, como soldados de la cruz, vestiros de "toda la armadura de Dios" (v. 11). Todas las piezas de esta armadura están íntimamente conectadas con la Palabra de Dios — el cinturón de la verdad, la coraza de la justicia, el calzado de la preparación del evangelio de la paz, el escudo de la fe, el yelmo de la salvación y la espada del espíritu, que es la Palabra de Dios. — La Palabra de Dios es nuestra única protección segura y la única arma con la que podemos luchar contra el enemigo. Esto implica que conocemos y amamos la verdad.

Pero según el versículo que tenemos ante nosotros hay más: "Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu...". El apóstol dice, por así decirlo: "Tomen y pónganse cuidadosamente todas estas diversas piezas de la armadura y úsenlas diligentemente en la batalla; pero además, en todo momento y en toda circunstancia, ¡*seguid orando!*". Un antiguo himno lo expresa de esta manera: "Vestíos con la armadura del evangelio, cada pieza puesta con oración". ¡Desde esta perspectiva peleamos la batalla de rodillas! Quizás eso suene extraño. Quizás esto parezca una posición muy débil. Pero esa es la forma como debemos luchar. Es cierto el dicho: "Satanás tiembla cuando ve al santo más débil de rodillas". ¡Orad! Oren por todos los santos, por nuestros compañeros soldados de la cruz.

Como soldados de Jesucristo, se nos exhorta a orar. ¡Esto es una guerra! No hay cese en la lucha. No hay esperanzas de un alto al fuego o una tregua. El enemigo es feroz y peligroso. La batalla se libra a lo largo de nuestra vida terrenal. Por la gracia de Dios, nos vestimos de toda la armadura de Dios. Pero esa armadura que Dios nos ha provisto no puede emplearse eficazmente si no es en comunión con Dios. Nunca debemos suponer que la armadura de Dios nos protege y nos equipa mecánicamente o mágicamente. El peligro es que sintamos que mientras nos hayamos puesto la armadura, mientras tengamos y conozcamos la verdad de las escrituras, nosotros podemos relajarnos; que estamos seguros y protegidos. ¡Semejante idea es una locura! Seguramente flaquearíamos en la batalla. ¡Los dardos de fuego de los impíos seguramente encontrarían su objetivo en nosotros!

"Orando siempre..." ¡Cuán vital es la oración para esta guerra espiritual! El punto es que

no podemos usar efectivamente la armadura sin recibir fuerza, poder y gracia de Dios a través de la oración. La verdad de la Palabra de Dios debe vivir dentro de nuestros corazones a través de la oración. El apóstol Pablo realmente está volviendo a enfatizar lo que ya había establecido en el versículo 10: “Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza”. ¿Cómo es que nos fortalecemos en el Señor? Orando siempre con toda oración y súplica en el espíritu. Porque dependemos totalmente de Dios y de su gracia. Necesitamos la comunión del pacto de Dios que se manifiesta y es experimentada a través de la oración. Como soldados de la cruz, la vida de oración es esencial.

Mire al Señor Jesús mismo. Como el Hijo de Dios en nuestra carne, él conocía la Palabra de Dios; él entendía perfectamente la verdad; y a menudo mostraba ese conocimiento, frecuentemente para asombro de los escribas y fariseos. Pero considere con qué frecuencia se apartaba para orar. ¡Pasaba toda la noche en oración! Cristo estaba en constante comunión con su Padre celestial en oración. No es sorprendente que Jesús enseñara a su pueblo que “los hombres deben orar siempre y no desmayar” (Lucas 18:1). Nosotros debemos siempre orar para no flaquear en la batalla.

Por la gracia de Dios, conocemos y amamos la verdad, vistiéndonos de toda la armadura de Dios. Pero si eso no nos lleva a una vida de oración, hay una grave carencia. Algo anda muy mal. No se dejen engañar por una táctica del enemigo. Satanás diría, por así decirlo: “Tú conoces la Palabra de Dios; tienes la armadura; ¡estas listo para ir!” Con un tonto orgullo estamos de acuerdo: “Sí, tengo esto; puedo manejar cualquier cosa que se me presente”. Al estar envanecidos, somos un blanco principal para el dardo de fuego del maligno.

El apóstol nos instruye en este asunto de la oración, “Orando en todo tiempo, con toda oración y súplica en el espíritu...”. El término general aquí es “orando”. “Orando con toda oración” se refiere a todo tipo de oraciones. Oramos en privado, la oración en secreto. Hay oraciones públicas cuando nos reunimos para diversas reuniones y asambleas. Hay ofrendas regulares de oración cuando nos levantamos por la mañana y cuando nos preparamos para ir a dormir por la noche, así como a la hora de comer. También están esas oraciones espontáneas que pronunciamos a lo largo del día — solo una frase o, a veces, incluso una palabra. — A veces es sólo un suspiro, un gemido, un grito del corazón. Siempre debemos estar en ese espíritu de oración, viviendo en comunión consciente con Dios. En este contexto, la oración es especialmente la expresión de dependencia. Debemos darnos cuenta de la severidad de la batalla y del poder del enemigo. Debemos darnos cuenta de nuestra propia debilidad, fragilidad e impotencia separados de Dios.

Nótese también que Pablo especifica un cierto tipo de oración — “suplicación”. — La oración consiste en adoración, alabanza, reverencia, acción de gracias y confesión, pero también en súplica. En súplica traemos nuestras necesidades ante el trono de la gracia. Venimos con nuestras peticiones. Es especialmente en nuestras súplicas que reconocemos nuestra dependencia de Dios y de su gracia en la batalla. Se nos exhorta en Filipenses 4:6: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias”. Pablo nos exhorta a traer, y seguir presentando, estas súplicas, estas peticiones específicas, estas peticiones particulares mientras peleamos la batalla de la fe.

Esto nos lleva a ver el carácter de la verdadera oración — que es “en el espíritu”. — ¡Esta

es la esencia de la oración, la vida misma de la oración! El apóstol dice en Efesios 2:18: “Porque por medio de él los uno y los otros tenemos entrada *por un mismo espíritu* al Padre”. Tenemos la misma idea en Romanos 8:26: “Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles”. (Véase también Judas 20, que habla de “orar en el Espíritu Santo”). El espíritu aquí es el Espíritu Santo, el Espíritu del Cristo exaltado. Orar en el Espíritu significa que oramos como controlados e influenciados por él. Entonces también nuestra oración es conforme a la Palabra de Dios, como Cristo nos enseñó a orar. Es orar en el espíritu para que seamos capaces de permanecer firmes en medio de esta feroz batalla. Orar en el espíritu es extender nuestras almas al Dios vivo para recibir su gracia en cualquier posición que él nos coloque en la batalla.

Esto significa que nuestras oraciones no son sólo una formalidad. No son frías ni despiadadas. No son las vanas repeticiones de los paganos contra las cuales Jesús nos advierte. La oración no debe ser sólo una costumbre o un hábito porque sentimos que es lo correcto de hacer. Porque debemos orar en el Espíritu, “velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos”. Debemos procurar diligentemente que siempre estemos orando en el Espíritu. No podemos quedarnos dormidos en este conflicto espiritual. ¡Debemos estar siempre alerta, en guardia! Debemos conocer al enemigo y sus artimañas — su propósito de devorar y destruir. — Siempre debemos ser conscientes de nuestra propia debilidad y de nuestra dependencia de nuestro Padre celestial. Debemos *perseverar* en la oración y súplica en el Espíritu.

Pero para nosotros, como soldados de la cruz, ¿quiénes han de ser los objetos de nuestras oraciones y súplicas? Obviamente oramos por nosotros mismos. Eso está implícito en todo lo que se ha dicho acerca de la batalla, acerca del enemigo, acerca de nuestras propias debilidades, acerca de nuestra dependencia de Dios. Damos por conocer ante el trono de la gracia nuestras propias necesidades, nuestros problemas, las tentaciones que enfrentamos. Debemos acudir a nuestro fiel salvador para que supla todas nuestras necesidades personales. Él es la armería, el depósito de suministros militares, por así decirlo. Debemos acudir a él continuamente para que podamos ser renovados para la batalla día a día.

Sin embargo, el énfasis aquí está en lo que se llama “oración intercesora”. Debemos orar, hacer súplicas por los demás. El apóstol dice: “...velando en ello con toda perseverancia y súplica *por todos los santos*”. La súplica es para todos los *santos*. No es para todos los hombres, cabeza por cabeza, sino por todos los santos, los santos, nuestros compañeros soldados de la cruz. ¡Esto significa, santo luchador, que no está solo en esta batalla! ¡Gracias a Dios que no estamos solos! Como santos, somos soldados juntos en el ejército de nuestro Señor. Como tal, estamos comprometidos en la misma lucha. Nos enfrentamos a un enemigo común y estamos sujetos a las mismas debilidades y luchas. Somos miembros los unos de los otros. En una línea de batalla, si hay una flaqueza o falla en cualquier punto de esa línea, ¡afecta a todo el ejército! Como el apóstol les dice a los Corintios: “Y si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él” (1 Cor. 12:26a). ¡Cuán maravillosa es la comunión de los santos!

Al diablo le gustaría que nos olvidáramos de esta bendita realidad. A él le gustaría que creyéramos, como muchos lo hacen, que la religión es sólo una cosa personal, que el compromiso con la iglesia es innecesario, que estemos solos en esta batalla. Con esa actitud

nos volvemos egocéntricos. Nos inclinamos a ver las cosas de una manera muy subjetiva — ¡mis necesidades, mis luchas, mis tentaciones, mis batallas! — Y fácilmente nos volvemos ansiosos, desanimados y temerosos. ¡No nos dejemos engañar por esta táctica del enemigo! No somos sólo individuos. ¡Todos juntos somos miembros del cuerpo de Cristo! Supliquemos por todos los santos. ¡Oremos los unos por los otros! ¿Quieres edificarte tú mismo? ¡Entonces ora por alguien más! En gran medida, conocemos las necesidades, las cargas y las luchas de los demás en la batalla. ¡Haced suplicas por todos los santos!

La respuesta a nuestras oraciones y súplicas no será que el conflicto cesará o que la batalla terminará. Ese no será el caso en esta vida. ¡Pero la respuesta es que seremos capaces de mantenernos en pie! ¡Seremos fuertes en el Señor y en el poder de su fuerza! Mantendremos nuestra posición en medio de la batalla. ¡Porque Cristo es el capitán de nuestra salvación! Incluso ahora somos más que vencedores a través de él. Como cantamos del Salterio:

Porque esta es su palabra: Sus santos no fallarán,
Sino que sobre la tierra prevalecerá su poder;
Todos los reinos y naciones cederán a su dominio.
A Dios dad la gloria y alabadle para siempre.

[Salterio #407, estrofa 4]